

ANTONIO S. PEDREIRA EN *INSULARISMO*: FIGURACIÓN TRÓPICA TRIPLE DE PUERTO RICO.

La labor renovadora cultural de Antonio S. Pedreira (1899-1939), como es bien conocido, alcanzó en Puerto Rico su mayor grado de influencia y diseminación durante la generación vanguardista de la primera postguerra. Un empeño común que aunara a los escritores hispanoamericanos de este período iconoclastico dentro del género discursivo del ensayo fue la intensa búsqueda de las renovaciones socio-culturales necesarias para la reafirmación de la personalidad propia de las naciones americanas en el marco occidental.¹ Análogo al profundo cuestionamiento y revalorización de lo castizo efectuados en la Península por la Generación del 98 a principios de siglo, la preconización del retorno hacia los más íntimos valores de lo autóctono aparece en este lado del Atlántico como catalítico último de la emancipación espiritual americana. En 1934, con la publicación de *Insularismo*, Antonio S. Pedreira engarza el pensamiento puertorriqueño con el conjunto de otros ensayistas americanos—Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Jorge Mañach y Ezequiel Martínez Estrada encabezando la lista del canon establecido—que hicieron de la búsqueda de la unicidad de los pueblos hispánicos una tarea inextricable a sus escrituras. El encuentro de esa unicidad, que Pedreira definiera como “nuestro ademán”² constituía para Puerto Rico en los momentos de la elaboración del ensayo una tarea de perentoria importancia para la supervivencia de su identidad nacional, la cual desde principios del siglo se veía amenazada por la brusca penetración política y cultural de los Estados Unidos.

Desde el año de su aparición hasta la fecha actual el análisis de Pedreira ha llegado a constituir punto tradicional de referencia en todo planteamiento de la problemática borinqueña, y el trazado caracterizador de sus postulaciones, a pesar de las limitaciones señaladas con el paso del tiempo, se mantiene vigente en el subconsciente colectivo nacional. Puesto que las especulaciones de Pedreira sobre la ontología puertorriqueña conllevan un marcado cariz político, se ha facilitado una aproximación crítica donde prevalece la valorización del perfil ideológico del ensayo, y donde se subraya o amonesta repetidamente—con mayor o menor grado de reajuste—la intención patriótica de su línea de pensamiento.

Así vemos como Mariana Robles de Cardona en su estudio sobre los ensayistas

¹ Véase, por ejemplo, Octavio Corvalán, *Modernismo y Vanguardia* (New York: Las Américas Publishing Co., 1967), p. 163 y *passim*.

² Antonio S. Pedreira, *Insularismo* (Rio Piedras: Editorial Edil Inc., 1973), p. 29. A continuación toda cita proviene de esta edición.

de la generación de 1930³ lo sitúa a la cabeza de dicho grupo de pensadores y resalta la influencia estimuladora que a partir de *Insularismo* intensificó la preocupación por caracterizar lo nacional en casi todas las formas literarias. Margot Arce de Vázquez le dedica dos ensayos de su colección de notas puertorriqueñas en los cuales define el hispanismo del autor como un “modo reflexivo de patriotismo”, y señala el valor actual del ensayo cuando en su lectura desplazamos las meditaciones sobre las raíces espirituales puertorriqueñas del amor al caballo o a la danza a “cuestiones tan importantes como son el repertorio de conceptos y sentimientos del puertorriqueño ante Dios, ante el amor y la muerte, ante la vida y ante el prójimo, ante el dinero y los bienes materiales”.⁴ Por su parte, Josefina Rivera de Álvarez define el ensayo como “documento dramático de vital importancia en el desenvolvimiento moderno de nuestro pueblo”,⁵ y Manuel Maldonado Denis lo señala como “libro clásico por excelencia de interpretación puertorriqueña”, sin por ello dejar de anotar la necesidad de revisión de ciertos aspectos del ensayo que requieren un replantamiento actualizante, en especial aquel “que se refiere a la fusión de nuestras razas como un signo de nuestra confusión”.⁶ Más recientemente y en la misma onda revisionista, Juan Flores, después de reconocer el estudio de Pedreira como “la principal fuente de inspiración del pensamiento sobre la cultura puertorriqueña”,⁷ ejecuta un análisis riguroso del texto desde una perspectiva crítica marxista en el que anota las principales fuentes del razonamiento discursivo de Pedreira—José E. Rodó, José Vasconcelos, Ortega y Gasset, y Oswald Spengler—y donde señala la carga hispanófila eurocentrista, así como el sesgo racista de la interpretación pedreriana. Flores, consecuentemente, preconiza la necesidad de un “replanteamiento total de la visión histórica, una reinterpretación cabal del concepto de etnicidad y el abandono de teorías y métodos de análisis caducos” (29).

Como consecuencia de esta aguda faceta del discurso de *Insularismo* sobre la identidad de la nación puertorriqueña en relación a su circunstancia sociopolítica, se ha soslayado o abandonado totalmente una lectura crítica que se enfoque en las estructuras conceptuales y figurativas que constituyen la condición de posibilidad misma del doble proceso de aprehensión del campo específico de la realidad puertorriqueña y de su manifestación discursiva. Es decir, como las observaciones leídas en el ensayo como reducciones analíticas de Pedreira corresponden, como ha anotado Hayden White en sus estudios sobre el discurso **histórico**,⁸ a un acto

³ Mariana Robles de Cardona, “El ensayo en la generación del treinta”, *Literatura puertorriqueña. 21 conferencias* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969), pp. 327-8.

⁴ Margot Arce de Vázquez, “Antonio S. Pedreira, hispanista”, y “Reflexiones en torno a *Insularismo*”, *Impresiones* (San Juan; Editorial Yaurel, 1950), pp. 29 y 118 respectivamente.

⁵ Josefina Rivera de Álvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña*, 2 (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974), p. 1166.

⁶ Manuel Maldonado Denis, “Visión y revisión de *Insularismo*”, *Asomante*, XIX, 1 (1963), pp. 7-8.

⁷ Juan Flores, *Insularismo e ideología burguesa* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979), p. 19.

⁸ Hayden White, *Tropics of Discourse* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978.)

de figuración de naturaleza tropológica consustancial al proceso de cognición con el que se le imparte sentido a la realidad. Según White el acto “trópico” (del griego *tropikos/tropos* que en la acepción latina significó “metáfora” o “figura del habla”) es la función de la conciencia en la que se basa todo discurso especulativo para constituir los objetos que **pretende** analizar “objetivamente” y describir “realísticamente” (5). El proceso de conocimiento, consecuentemente, no puede ser más que tropológico en naturaleza puesto que lo que está involucrado en el deslinde y familiarización del caos fenomenológico de la experiencia es un proceso de identificación y organización a base de las principales modalidades de figuración identificadas en la teoría retórica renacentista como “tropos maestros”: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía.⁹

Es de esta manera que las representaciones (científicas o históricas) de un campo específico de la realidad deben ser leídas como proyecciones de las tramaticaciones y protocolos lingüísticos usados para **prefigurar** el conjunto de eventos encontrados en dicho campo antes de su puesta en discurso. El tropo dominante en que éste se apoya sirve como paradigma para la interpretación de las relaciones más significativas entre los elementos participantes en el área de estudio, mientras que estas cuatro preferencias tropológicas corresponden respectivamente, como plantea White,¹⁰ a las formas arquetípicas del Romance (metáfora), la Tragedia (metonimia), la Comedia (sinécdoque) y la Sátira (ironía). Cada una de estas maneras de aprehender y narrar la realidad implican a su vez estrategias ideológicas específicas.¹¹ El proceder metafórico de la primera, que familiariza lo “extraño” de la experiencia a base de relaciones de similitud sin llegar a un acuerdo entre las partes, trabaja desde una óptica “anarquista”. La modalidad metonímica de arreglo a base de relaciones horizontales de contigüidad conlleva el ordenamiento de causa y efecto observado en la diacronía de tipo “radical”. Cuando la organización establece un espesor volumétrico de estructuras hipotácticas resolutivas, el punto de vista interpretativo es de tipo “conservador”. Y finalmente, si el discurso cuestiona el valor de la taxonomía que él mismo propone en giro autorreflexivo (metalingüístico), la inclinación ideológica es “liberal”. De acuerdo a estas orientaciones críticas señalaré cómo una lectura detenida de *Insularismo* revela que el proceder analítico de Pedreira sobre la realidad puertorriqueña se efectúa estratégicamente a base de una esquematización trilátera de tipo dialéctico, en la cual el

⁹ Para un estudio de los motivos retóricos, véase Kenneth Burke, *A Grammar of Motives* (New York: Prentice-Hall, 1945).

¹⁰ En *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1973), White utiliza para el análisis del discurso histórico la tipología modal narrativa que Northrop Frye ha sugerido como básica en *Anatomy of Criticism: Four Essays* (Princeton: Princeton University Press, 1957).

¹¹ Para estas correlaciones con implicaciones ideológicas, White basa su teoría en la clasificación propuesta por Karl Mannheim en *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge*. (New York, 1946). Véase *Metahistory*, pp. 22-29.

tercer elemento corresponde directa o alegóricamente a la búsqueda identidad nacional. Veremos igualmente, cómo esta estructura trimembre de prefiguración metafórica forzosamente trabaja para la constitución de su objeto (la noción pedreriana del ontos puertorriqueño) en el plano mismo de manifestación discursiva.

Formalmente el ensayo aparece dividido, a primera vista, en cinco secciones, cada una anunciada por un acápite indicador del contenido. La primera sección, titulada "La brújula del tema", se anuncia obviamente como prólogo, y para constatar su función introductoria, el autor la cierra con las siglas de su nombre. Al pararnos a examinar la temática de las otras cuatro partes restantes se hace evidente que el cuerpo analítico primordial del discurso está contenido en sus tres secciones centrales, bajo los acápites de "Biología, geografía, alma", "El rumbo de la historia", y "Viejas y nuevas taras", asumiendo la última sección—como su nombre, "La luz de la esperanza", lo indica—la función resolutive del arreglo metonímico planteado por las reflexiones de la trilogía central. Pedreira, por lo tanto, ha agrupado el muestrario fenomenológico a su disposición de acuerdo a una voluntad trópica de metaforización limitada a las tres áreas más tradicionales del saber antropológico: el análisis biológico-geográfico (Capítulo II), el histórico (Capítulo III) y el psicológico (Capítulo IV). La familiarización con los elementos "subyacentes" a la identidad nacional facilitada por este arreglo tríado supuestamente proporciona el entendimiento del sistema de condiciones en que "históricamente flota" (29) la Isla, y posibilita la definición, con su corolario resolutive de control, de la cultura puertorriqueña.

La predisposición a la organización triada se observa igualmente en la división misma de cada una de estas secciones centrales en tres apartados donde el ensayista expone y desarrolla con procedimiento dialéctico las raíces históricas, sociales y políticas de la problemática sentida como puertorriqueña. La totalidad del discurso se inscribe así dentro de una estricta hechura geométrica, vertebrada en simetrías trilaterales, correspondiente al vocabulario de ordenamiento espacial vanguardista predominante en el momento de su escritura. Recordemos que este movimiento literario surgido a comienzos de la década de los veinte mantuvo una íntima relación con la estética del Bauhaus internacional, cuyo sistema de representación favorecía la figuración geométrica de los objetos estudiados. Las realizaciones artísticas de estos años, en todas sus modalidades de pintura, escultura, arquitectura, música y decoración, comparten de ese estilo común de época que insistía en la propuesta constructivista y funcional de la realidad.¹² Pedreira comparte históricamente con esa corriente de pensamiento, y bajo su magisterio en la biblioteca de la Universidad de Puerto Rico hubo de agruparse la juventud de vanguardia puertorriqueña **noísta**, cuya máxima aspiración era la de "renovar la morfología del

¹² Marcel Franciscono, *Walter Gropius and the Creation of the Bauhaus in Weimar: The Ideals and Artistic Theories of its Founding Years* (Urbana: University of Illinois Press, 1971), y Sigfrid Giedion, *Space, Time and Architecture: The Growth of a New Tradition* (Cambridge: Harvard University Press, 1954).

pensar literario, pero también las esencias, los valores".¹³ Bajo su tutela, igualmente, se fundó la importante revista literaria *Índice*, cuyas directrices fundamentales se encontraban en "la triple significación de su nombre: señalamiento de orientaciones, medida de valores, registro de los capítulos de la actividad cultural de ayer y de hoy".¹⁴

El planteamiento de Pedreira en *Insularismo* del sistema de "causas y efectos" que han conformado el ademán nacional puertorriqueño se efectúa de acuerdo a este proceder tropológico de ordenamiento triple. Veremos a continuación como en cada una de las secciones del ensayo la figuración de las conformantes nacionales se ejecuta a base del número tres: tres son las razas constituyentes del etnos puertorriqueño, tres las etapas de su devenir histórico, tres los héroes epónimos que hubieron de sacudir la pereza anímica del pueblo, tres las importaciones culturales estadounidenses más significativas, y tercera es la dimensión hacia donde debe inclinarse Puerto Rico para rescatar y afirmar su ademán propio.

En las primeras reflexiones que sirven de introducción al comienzo del ensayo, Pedreira le recuerda al lector las tres "zonas de cualidad cuantitativa en que suele dividirse la cultura: universal, nacional e individual" (28), destacando a la vez que "España no es más que una actitud en la escala de la cultura occidental y nosotros [los puertorriqueños] un gesto americano de la cultura de España" (28). Es decir, que en la tríada normalmente aceptada de niveles culturales, le corresponde a Puerto Rico el tercer ámbito expresivo. Acto seguido, dentro del mismo prólogo, Pedreira anota su interpretación personal del desarrollo histórico de la nación que más adelante expande en capítulo separado. En su visión de la historia puertorriqueña se observa ya de manera precisa su afán por el ordenamiento triple al encontrar "tres momentos supremos en el desarrollo de nuestro pueblo" (29). Tres bloques históricos que agrupan y resumen dentro de sí mismos lo más fundamental del acontecer político de la Isla, a saber, un primer período de formación, que duró desde la conquista hasta fines del siglo XVIII; un segundo período de toma de conciencia que se alarga hasta la Guerra Hispanoamericana; y otro tercero, el del momento de la escritura del ensayo, caracterizado por la transición y la ambivalencia.

Lo que constituye, en sentido estricto, el discurso analítico del ensayo se abre con la sección "Biología, geografía, alma", constituida, como su nombre lo indica, por la presentación de las etnias, topografía y psiquis que moldean el ser puertorriqueño. El apartado iniciador de esta sección—"El hombre y su sentido"—anota las características raciales fundamentales que conforman la heterogénea casta nacional. Aquí observamos nuevamente el proceder agrupador de disposición terciaria preferenciado por la conciencia del ensayista, puesto que limita la clasificación etnológica a las ramas más salientes de la tipología racial, sin

¹³ Vicente Géigel Polanco, "Los ismos en la década de los veinte", *Literatura puertorriqueña. 21 conferencias* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969), p. 279.

¹⁴ Géigel Polanco, p. 285.

extenderse al estudio de otras subclases cuyo desarrollo enturbiaría su nítido planteamiento interpretativo. Reposo, pues, este intento aclaratorio—según las palabras del propio autor—”en el señalamiento de las tres tendencias raciales que son básicas en nuestra psicología y las dos o tres derivaciones primarias que por cruzamiento de ellas provienen” (37).

Apunta Pedreira, a continuación, los tres acoplamientos étnicos que considera cardinales en la formación del edificio psíquico-racial del puertorriqueño. En el primer enlace se lleva a cabo el entrecruzamiento de tres troncos primarios raciales (indio, blanco y negro), y su resultado híbrido es el motivo por el que Pedreira, de acuerdo a valores eurocentristas, haya anotado que “de esta fusión parte nuestra confusión” (33). Con la desaparición paulatina de la raza indígena permanecen en el escenario biológico “dos razas antagónicas de difícil conjugación y opuestas culturas” (34), constituyendo una oposición dialéctica de donde surgirá el segundo enlace triado: el del blanco con negro y con mestizo. El mestizo, o mulato, que participa de las tendencias raciales de los dos primeros es, según la óptica pedreriana, “un tipo de fondo indefinido y titubeante que mantiene en agitación ambas tendencias antropológicas sin acabar de perfilarse socialmente” (35). Ocupa así en el ensayo el lugar simbólico de la ambivalencia cultural de la nación durante las primeras décadas del siglo, y opera dentro del planteamiento especulativo con funcionalidad de conclusión del grafos triangular racial. El tercer y último empalme está constituido por el cruce del mulato con el negro, cuya unión da como resultado el tipo intermedio del “grifo”, en quien predomina “la fuerza del negro y la inteligencia del blanco, nunca bien balanceadas” (36). Cerrando este enjuiciamiento racista del primer capítulo, Pedreira afirma la composición plural e “integral” a la vez de la raza puertorriqueña, en la cual “los tipos no quedan separados en visibles parcelas”, y donde las características raciales de cada grupo “se matizan y apagan en crisol del blanco, borrándose casi por completo el punto de partida” (37). La tríada étnica anotada por Pedreira de “un pueblo racialmente heterogéneo, compuesto de blancos, de negros y de mestizos” (42) ha de completarse en triángulo social armónico a fin de que la latente “pugna biológica de fuerzas disgregantes” (36) deje de obstaculizar la formación definitiva del ademán nacional.

En los dos apartados siguientes reaparece esta proclividad hacia la figuración trimembre. En el estudio de “La tierra y su sentido”, Pedreira opta por dividir las condiciones climatológicas de la Isla de acuerdo a tres regiones topográficas básicas, a saber, la región de Ponce, “sedienta y calcinada”; el norte de la Isla, donde “las lluvias son abundantes e inesperadas”; y los pueblos del centro que “ofrecen a nuestra depresión climática un grato remanso veraniego” (46-7). De manera análoga enfoca el carácter agrícola de la economía puertorriqueña, al notar que “el aspecto económico de la tierra varía distintamente de acuerdo con los tres momentos en que dividimos el curso de nuestra historia” (51). Tres fisonomías particulares sumarizan, pues, el sistema de utilización de la agricultura nacional: el primero, “pausado y unitario” (51), adviniéndose al espíritu y temple de gestación

cultural; el segundo, “inquieto y decisivo” (52), como el despertar político de la nación; y el tercero, “indefinido y problemático” (52), correspondiendo a la desorientación interior experimentada por el pueblo puertorriqueño en las primeras décadas del siglo.

En “Alarde y expresión”, apartado que finaliza esta sección, la agrupación en tres aparece en la enumeración de tres escritores que evitaron la absoluta esterilidad del “mar muerto de los tres primeros siglos de historia” (55): el historiador García Troche, el canónigo Torres Vargas y el poeta Francisco de Ayerra. Tres también son los nombres de poemas y libro de versos que inauguran la lírica puertorriqueña. De 1812 es *El cuadernito de varias especies de coplas muy devotas*, colección de poesías devotas del capuchino Manuel María de Sanlúcar, libro que se vio seguido por la publicación de “A la hermosa y feliz isla de San Juan de Puerto Rico”, canto patriótico de Juan Rodríguez Calderón; y a 1832, Pedreira le concede la aparición de la primera poetisa nativa, María Bibiana Benítez, por su poema “Ninfa de Puerto Rico”. En la lírica contemporánea, la tríada de Evaristo Ribera, Luis Lloréns Torres y Luis Palés Matos, constituye para el pensamiento del ensayista “tres expresiones de nuestra personalidad colectiva” que “nos limpian con su esfuerzo el porvenir del arte literario” (66). De igual gesto tropológico es la proposición de Pedreira con respecto a la configuración de un arte antillano que “sincronice el movimiento espiritual de las Antillas Mayores” (66). Con el fin de arribar a un acento integralizador, y valiéndose de la potencialidad estética del conjunto antillano, “hay que definir el acento particular de las tres islas”, y “una vez aclarado el tono y la dimensión de cada pueblo, buscar entonces la síntesis expresiva del triángulo antillano. Todo lo que se intente fuera de este esquema resultará en perjuicio de esa aspiración totalitaria” (67). Posible observar, entonces, como la estructura trópica triple desborda la problemática borinqueña para extenderse más ambiciosamente a la búsqueda de un ademán hispano-antillano.

A la siguiente sección del texto—“El rumbo de la historia”—le corresponde la presentación de las tres etapas en que Pedreira divide el paso histórico de la nación, la cual había sido previamente bosquejada en el prólogo del ensayo. A cada una de las fases formativas—la del génesis, crecimiento y transición—el autor le adjudica un apartado específico donde postula su interpretación de la dinámica político-ideológica que ha regido en el pueblo puertorriqueño. En el último capítulo de esta sección, titulado “Intermezzo: una nave al gárete”, Pedreira estudia la problemática nacional en términos de dos culturas en conflagración, la española, representante de lentos valores tradicionales y monárquicos, y la estadounidense, sinónimo ella de civilización técnica progresista. De esta última, Puerto Rico ha recibido “aparte del cemento armado, de la ropa hecha y de las conservas en lata” (92)—tríada de aportaciones materiales que epitomizan la pragmática de índole pasajera—otros tres ingredientes primordiales que se han incorporado al *modus vivendi* de la nación: “el sentido económico de la vida, una mayor participación en la cosa pública y la afición deportiva”, (92) triple importación manifestadora del

imperativo consumerista y competitivo de la sociedad estadounidense. La nación puertorriqueña, inmersa en plena lucha de valores antagónicos, habrá de encontrar su expresión anímica privativa en “la dimensión más entrañable de la cultura” que “no es la del largo ni la del ancho, sino la del espesor” (89). Las dobles coordenadas culturales formativas, la española y la norsteña, deberán resolverse en una ética final resultante que ahinque profunda y verticalmente en los estratos componentes de la contextura moral y estética de la intrahistoria puertorriqueña.

Esta aserción de la unicidad nacional es formulada en la sección última del ensayo, “La luz de la esperanza”. Dentro de sus tres apartados se observa, en igual grado, la estructura clasificadora trimembre operante en el proceso conceptualizador de Pedreira. En el primer apartado, “Afirmación puertorriqueña”, el ensayista presenta los tres acontecimientos históricos que a su parecer fueron de más valía en el despertar de la conciencia nacional durante el siglo XIX, después de “tres siglos de callada y lenta navegación” (135). Estos hechos significativos son “la revolución francesa, la guerra de las trece colonias norteamericanas y la guerra de independencia suramericana” (136). Tres también son las figuras claves —“sacerdote, un periodista y un educador”—que “sacuden nuestra pereza tres veces centenaria y abonan el descontento con nuevos beneficios” (137). Este triángulo sumarizador de la incipiente voluntad nacional está construido con los nombres de fray Antonio de Bonilla, canónigo combatiente por los derechos de la familia puertorriqueña, José Antonio de Amézquita, primer periodista nacional, y Rafael Cordero, negro artesano educador, en torno a quien se reunía la juventud capitalina para recibir instrucción gratuita.

Finalmente, en el apartado segundo de esta sección titulado “He aquí las raíces”, Pedreira realiza un giro trópico por medio del cual el ontos borinqueño queda metaforizado en la estructura tripartita del baile nacional, la popular **danza** decimonónica. En la caracterización de esta expresión musical de profundas raíces populares, el ensayista anota que “en ese ritmo de tres notas contra dos, en ese **tresillo** [mi énfasis] elástico acentuado con equidad y que matemáticamente equivale a las otras dos notas, está encerrado un singular aspecto de nuestra conciencia” (155). Y acto seguido, en efectivo **mise en abyme**,¹⁵ plantea una homologación de la figura textual de Insularismo—es decir, del discurso como objeto emblemático (ícono)—con la estructura matemática de la **danza**, la cual lleva en su tercer parte o “apartado” el sentido privativo del ademán puertorriqueño:

Si procedemos a analizar su arquitectura [la de la danza] veremos cómo rehuendo la forma binaria tan corriente y socorrida, se ampara mejor en cuatro partes y un prólogo que le sirve de introducción. De aquellas (sic), la más expresiva e importante es la tercera: corresponde al obligado de lombardino, clímax de toda danza; es la más íntima y nacional

¹⁵ Lucien Dallenbach, *Le récit spéculaire* (Paris: Editions du Seuil, 1977). Definido por Dallenbach como “todo espejo interno reflejando el conjunto del relato por reduplicación simple, repetida o especiosa (p. 52). Mi traducción.

de las cuatro y no se entrega cobardemente al extranjero ni a los virtuosos del solfeo (155).

Esta lectura propuesta para *Insularismo* evidencia que su discurso ha sido rigurosamente desarrollado a base de una figuración tropológica que toma la estructura tripartita como sistema de aprehensión (notación) controlador, el cual se desplaza desde la modalidad retórica **metafórica** (equivalencia de las tres zonas geo-agrícolas con los tres momentos histórico-políticos de Puerto Rico, según interpretación pedreriana), a la **metonímica** de un planteamiento racial y cultural en pugna, para después proponer la síntesis **sinecdóquica** de una unicidad social armónica que subsume verticalmente a sus componentes binarios, al igual que el tercer movimiento resolutivo y climático del baile nacional.

La favorización de esta figuración triádica puede ser explicada, por una parte, por el valor simbólico que la cultura occidental le ha concedido al valor numérico tres, desde la suficiencia pitagórica y la idealidad platónica concedida a esta cifra —cuya fisura lógica encierra la perfección sumaria de dos componentes primarios¹⁶— hasta la contemporánea proposición hegeliana de síntesis dialéctica por medio de la cual el Espíritu despliega su ser. Por otra parte, la presencia del estudio sobre las civilizaciones *La decadencia de Occidente*¹⁷ del filósofo-historiador alemán Oswald Spengler se destaca a través del ensayo. Los estudios previos de *Insularismo* han señalado cómo el concepto de Spengler de “cultura” (cuerpo vivo del alma de un pueblo) y el de “civilización” (momia de ese cuerpo) trabajan intertextualmente en el discurso de Pedreira. Juan Flores, por ejemplo, analiza con mayor detenimiento las repercusiones del filósofo alemán en la dinámica política del ensayo, pero su valoración, debido al cariz exclusivamente ideológico de su perspectiva crítica, no se interna en la anotación de los mecanismos tropológicos que operan en la formación del texto.

Para los parámetros críticos de nuestra lectura, el aporte de Spengler se hace más significativo cuando tomamos en consideración la indagación histórica del valor numérico desarrollada en el primer capítulo de su extensa obra, titulado “El sentido de los números”. En éste encontramos un recuento de la evolución del contenido simbólico adjudicado a las cifras desde las escuelas pitagóricas y aristotélicas hasta el entendimiento moderno del número como signo funcional. En su enfoque sobre la filosofía de la Historia, Spengler trabaja con la noción interpretativa que distingue el concepto numérico mantenido por la antigüedad clásica—número **matemático** o simbolización de lo extenso que ordena y define la naturaleza—del concepto occidental moderno—número **cronológico** o simbolización del devenir como relación pura de valores variables y relativos en el espacio, en el cual se representa la productividad histórica (Vol. I: 92-3).

¹⁶ Christopher Butler, *Number symbolism* (New York: Barnes and Noble Inc., 1970).

¹⁷ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, trad. Manuel G. Morente (Madrid: Espasa Calpe, S.A., 1940). Toda referencia a este texto corresponde a uno de los cuatro volúmenes de esta edición.

Es decir, el número “apolíneo” como magnitud medible contrapuesto a la idea, ya vislumbrada en Descartes, de un número “faústico” y dinámico de tendencia hacia el infinito. Spengler ordena así su visión de la morfología de la Historia a base del número que “como función se halla relacionado con el principio **dinámico** de la causa y efecto” (Vol. II: 266), es decir el número tres.

Esta aproximación a *Insularismo* nos permite afirmar que en tanto que Pedreira ha mantenido su pensamiento especulativo sobre la especificidad cultural e histórica puertorriqueña dentro de una rigurosa estructura de aprehensión y ordenación triádica que le permite proponer un ícono resolutivo—la **danza**—que subsume y da dirección a las componentes dialécticas de la nación, el actuar del discurso revela, como ha sido anotado impresionísticamente por los críticos ya mencionados, la implicación ideológica “conservadora” de la modalidad trópica de la sinécdoque: el lenguaje del ensayo ni pretende alterar “trágicamente” el proceso histórico de la Isla ni se entretiene en plantear “liberalmente” las discontinuidades de su campo de estudio, sino que sostiene la figuración del **mythos** sinecdóquico para adelantar la “esperanza” de un mundo futuro en el que los conflictos se disuelven en la realización de una perfecta armonía, y se revelan como medios de consecución de ese estado final.¹⁸ Y en la medida que esta figuración discursiva se ejecuta en el espacio intertextual estético y filosófico del momento vanguardista con el propósito de definirnos ontológicamente, y de adumbrar nuestras posibles contribuciones a la tradición occidental en la que nos insertamos, el ensayo de Pedreira cumple, en la literatura puertorriqueña, con el deseo de reafirmación hispanoamericana que ha constituido desde principios de siglo el gran proyecto de nuestra modernidad.

Eduardo C. Béjar
Middlebury College

¹⁸ Para White, éste es el discurso **reconciliatorio** de la Comedia: “Behind their willingness to immerse themselves [los historiadores de esta modalidad discursiva] in the chaos of data and events which the historical record contains was their conviction that an accurate description of the events in their particularity will result, not in an image of chaos, but in a vision of a formal coherence which neither science nor philosophy is capable of apprehending, much less of capturing in a verbal representation” (*Metahistory*, p. 190).